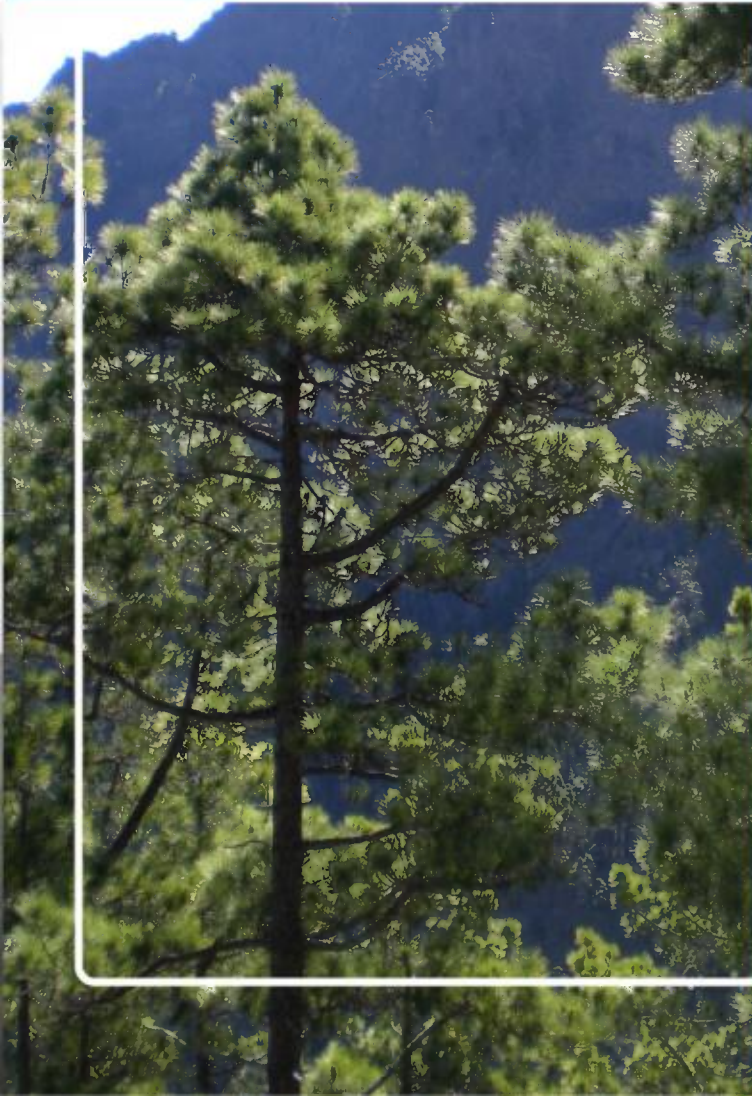


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega
legna.asos@gmail.com

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

Maquetación: Iván Peralta
vanitaperal@gmail.com

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.
gdoramas@graficasdoramas.com

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

INDICE

PRÓLOGO	1
RELATO 1.- El Lagarto	3
RELATO 2.- Las Grajas	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres.....	69
RELATO 6.- El Camello	86
RELATO 7.- Lobos	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Pardelas.....	135
EPÍLOGO	149



Relato 5.- Los Guirres

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Había llovido con tal intensidad en horas de la madrugada que el golpeteo de la lluvia sobre las tejas de la humilde morada hizo que tía Frasquita despertara antes de lo habitual. Aún era noche cerrada pero la mujer, incapaz de mantenerse en la cama, se arrebujó con una manta y fue a la cocina a preparar el café de la mañana. Encendió el quinqué para alumbrarse y la cocinilla de petróleo para hervir el agua, fría como el hielo. Llenó el molinillo con el café tostado el día anterior y giró la rueda una y otra vez con gesto automático hasta no encontrar resistencia al hacerlo. Puso el café molido en el colador de tela sobre un vaso de latón y fue echando el agua hirviendo para conseguir el negro brebaje; el olor fuerte de la infusión, común en las cocinas isleñas a cualquier hora llegó pronto hasta el último rincón de la casa y despertó al marido. Éste, abrigado con cuanto pudo encontrar, llegó a la cocina frotándose las manos y tratando de calentarse los dedos con su aliento.

Llevaban tan largo tiempo de casados que Frasquita y Manuel no necesitaban de palabras. Mi tío sin decir nada tomó asiento en un alto taburete de madera y quedó a la espera de la taza humeante. Se habían conocido en La Vega siendo muy jóvenes y tras un largo noviazgo unieron sus vidas. Tuvieron hijos, machos y hembras, que fueron desapareciendo del terruño tan pronto pudieron atraídos por mejores perspectivas en la capital y en las Américas. Hoy se encontraban solos en la casa fría, con el nido vacío, y añoraban las risas y los llantos, los gritos y los silencios que les acompañaban cuando los hijos vivían con ellos.

Al rato, cuando ya estaban casi entumecidos y a oscuras porque la luz del quinqué, que era la única y débil calefacción, se había consumido vieron con esperanza los primeros resplandores del

amanecer. Se acercaron a abrir la contraventana y limpiaron cuanto pudieron el vaho del cristal. Vieron que fuera el sol tibio de la mañana trataba de abrirse paso por entre los jirones de la bruma tratando de llevar su calor a las altas cumbres de Isla Grande.

A la casa y a la huerta no llegaría el sol, si salía, hasta bien avanzada la mañana, casi al mediodía, pues las montañas de enfrente proyectan sus sombras sobre esta zona de umbría. Se despereza Manuel, se enfunda una raída chaqueta y unas viejas botas y con un lacónico "Salgo" abre la puerta y sale a las tierras. Coge un sacho y un cuchillo canario y se entretiene arreglando algunos destrozos causados por el aguacero. La tierra está empapada y algunas escorrentías lleva agua por los linderos hasta el pequeño estanque de la finca. Levanta un surco medio caído, profundiza un hoyo, corta alguna rama y arranca algunas hierbas pero no puede hacer mucho debido a la humedad del terreno. Ocupa las tierras un trozo bien grande y Manuel tiene plantadas papas de invierno donde no tiene árboles frutales. Espera, confiando en la suerte, obtener una buena cosecha.

Tía Frasquita sale al porche de la casa bien abrigada y ve que las macetas no han sufrido destrozos. La latada de donde cuelga la parra con gruesos sarmientos tiene tan sólo la promesa de racimos de uvas negras. Junto al poyo que le sirve de asiento en las horas de tarde y noche sube una yedra cuyas hojas llegan hasta más arriba de puerta y ventanas y que se agarra a cualquier hueco del desconchado frontis. Se encamina la mujer a la trasera de la casa por donde tienen el cuarto de aperos y un pequeño gallinero. Aquí media docena de gallinas ponedoras y un gallo que les anuncia el alba cada mañana picotean cacareando y cantando al oír el ruido del millo. Recoge la dueña los

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

huevos frescos, barre un poco el encharcado piso con lo que la escoba queda enchumbada de agua y barro y se vuelve al interior de la vivienda.

Se ocupa de la alcoba y recoge un poco aquí y un poco allá como con desgana. Mira por la ventana y comprueba con desánimo que el sol del mediodía no va a calentar hoy ya que el cielo ha vuelto a encapotarse. De la iglesia lejana le llega el tañido de una campana llamando al Ángelus y la mujer musita el saludo del ángel mientras pide con fervor a la Virgen del Pino le traiga sus hijos a casa.

Se decide Frasquita y va presurosa por la vereda arriba en busca de la tienda para comprar una botella de petróleo y un cacho de carne cochino para hacer el potaje de jaramagos. Con esta intención ha dejado las judías en remojo la noche anterior según costumbre y ha hecho provisión de papas y batata. Camina con un ojo en donde pisa para no caer y otro en el cielo amenazador. De pronto ve allá arriba, muy alto y con el color blanquecino sucio que destaca en el oscuro cielo, extendidas las alas en toda su longitud, planeando altanero como una cometa, un enorme ejemplar de guirre que anida en las montañas. Se santigua la tía con temor reverente pues el miedo a estas aves lo tiene en su mente desde que uno de ellos -estaba bien segura- se llevó, elevándola con sus garras, aquella cabra blanca y negra que tenían en el corral. En ese mismo instante, como si el cielo entendiese la señal de la cruz como santo y seña para abrir sus compuertas, comenzó a caer un impresionante aguacero que borró los contornos de las montañas.

Llega a casa calada hasta los huesos y se descalza las alpargatas y se cambia con ropa seca notando la ausencia de tío Manolo. ¿Donde estará con este diluvio? Se pregunta angustiada al poner la comida al

fuego. Pasado un tiempo burbujea el agua en el caldero sobre la cocinilla de petróleo y la luz de ésta apenas alumbra la estancia. Enciende Frasquita el quinqué y confía en que la llegada del marido se produzca en lo que el potaje se hace. Llega él y al igual que en la ida en la mañana su saludo carece de espontaneidad. Más bien maldice en voz baja por el agua que cae y que piensa le va a fastidiar las papas. Comen en silencio, con algún gruñido de aprobación, los jaramagos a los que añaden una cucharada de gofio y acompañan con un trozo de queso duro algo mohoso resto del que trajeron de la Vega en su última bajada.



NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

La borrasca se mantiene sobre Isla Grande durante unos días. El frío se hace inaguantable y el matrimonio no tiene ya más baúles de donde sacar ropa seca. La ropa mojada, las botas y las alpargatas ocupan cualquier lugar de la casa en busca de algo de calor con que secarse. Al amanecer del tercer día una helada convierte en impracticable la vereda que les lleva a la tienda. A la siguiente noche una nevada lleva sus blancos copos hasta casi la Vega y por la mañana toda la ladera y los árboles y las montañas presentan un espectáculo de inusual belleza blanca. Mis tíos ven con preocupación que el petróleo se les ha acabado.

Supé de estos hechos cuando tía Frasca, como yo la llamaba, me los fue relatando en tiempos en que los años cumplidos habían ocupado el lugar de los pesares. "Fueron años duros, mi niña, muy duros", -me decía con su poquita de voz sentada en el saloncito que ahora lucía una encendida chimenea-; "tiempos de penuria en que no se podía conseguir nada ni siquiera teniendo dinero, imagínate para quienes no lo teníamos; tu tío se afanaba en la labranza y podíamos hacer unas papas sancochadas o un caldito de millos y comer alguna fruta de la huerta; pero lo malo, lo verdaderamente malo, era el frío, ese frío del infierno que se mete por Cuatro Casas en cuanto llega el otoño y que no nos abandona hasta bien empezada la primavera".

Con la llegada del buen tiempo y la proximidad de la primavera el sol del mediodía llega a la umbría y calienta un par de horas la casa. Puede entonces Frasquita lavar las ropas y ponerlas al sol sobre unas piedras grandes junto a la casa. Los brotes nuevos en los castañeros dan verdor joven a los árboles y llena de esperanza al matrimonio. Tío Manolo se ocupa de las tierras, de los surcos, de las malas hierbas. Se

sacude el frío cavando hoyos y retocando muros. Ve crecer las papas en las que empiezan a despuntar las flores blancas.

Cuando llegó la carta supo tía Frasquita que la Virgen del Pino había oído sus plegarias y al leerla un sollozo de alegría rompió en incontenible llanto. ¡El hijo menor, Mariano, regresaba de América! Corrió como una loca en busca del marido para darle la noticia y se abrazaron sin decir palabra. Sacaron de la alcancía las últimas perras guardadas y compraron telas estampadas y cal de albeo para la casa. Limpió Frasquita con esmero los pisos añadiendo zotal al agua, Tapó Manuel como pudo los desconchados de las paredes, pusieron cortinas nuevas en las ventanas y permitieron que un soplo de felicidad iluminara sus vidas.

Llegó mi primo Mariano por el polvoriento camino trayendo del roncal a un animal de carga. En éste, amarradas en la silla que traía en el lomo, venían dos maletas grandes y algunos bultos. Se detuvo a la vista de la casa y le inundó la ternura al verla pequeña, poquita cosa, y no enorme y lucida como la recordaba. Quiso entrar por sorpresa pero los cascos del animal alertó a su madre de su presencia. Salió ésta de detrás de la casa en donde se ocupaba del gallinero y corre a abrazar al hijo con el ímpetu de la alegría desbordada. Mariano la abraza y la besa y la levanta y con ella en alto da pasos de baile y tararea canciones traídas de las América.

-Déjame, loco, déjame- puede decir tía Frasquita arrebolada y con una voz apenas audible. La deja el hijo y van a sentarse en el poyo de la entrada sintiendo ella necesidad de calmar su corazón desbordado. Pregunta Mariano por el padre, que está en las tierras; atiende al animal quitándole la carga y la albarda y parte corriendo en

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

busca del viejo que adivina entre las papas florecidas. Se funden en un abrazo sin hablar con la emoción contenida hasta que Manuel incapaz de poner dique a sus sentimientos rompe en lágrimas de alegría. En el aire una pareja de guirres, planeando cual cometas, proyectaban sobre el suelo sus siluetas.

Con Mariano de vuelta a casa llegaron días de expectativas. Quería mi primo recorrer aquellos caminos que no había olvidado, visitar a los amigos que no veía desde hacía tantísimo tiempo y abrazar a los hermanos que estaban en la capital. Había traído regalos. A su madre le dio, haciéndole cerrar los ojos para la sorpresa, un bonito poncho hecho por las indias de las tierras de donde él había regresado; al padre, una magnífica escopeta, sabiendo como sabía la afición de éste por la cacería a la que le había acompañado varias veces de chiquillo.

La humilde casa se convirtió por unos días en centro de encuentro de los lugareños quienes charlaban de la próxima recogida de las papas o del intenso frío pasado y del buen año de agua que había llenado estanques y galerías. Olvidaban todos los tiempos de escasez que estaban pasando y las guitarras y timplés acompañaban a veces al canto de isas y folías.

Subieron los hermanos y las hermanas y trajeron a sus retoños. Pudo conocer Mariano a sobrinos y cuñados y alguna que otra parentela. Dio noticias de sus amoríos en América en donde dejó, dijo, más de una novia esperándole. A veces las hermanas subían a Cuatro Casas algunos chernes y entonces el sancocho era de los que hacían historia.



Mostraba tía Frasquita con satisfacción no disimulada su poncho multicolor y Manuel su escopeta con íntimo orgullo por el regalo. Se aproximaba el tiempo de la temporada de caza y las conversaciones giraban sobre perros, armas, municiones y sitio de cacería. Salían a relucir cuentos sin fin, entre rones y rones, de días sublimes con docenas de piezas cobradas, de jornadas bajo el implacable sol de la cumbre sin llegar a ver una pieza, de las pateadas por los barrancos y del gozo de la vuelta a casa tras vivir un día intenso.

Sentados en el porche Manuel y Mariano hablan sobre el futuro. Mi tío desea que su hijo se ocupe de las tierras que son las de sus antepasados. El joven trae otros planes y trata de hacer comprender a

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

su viejo sus proyectos. -En la Vega, dice, o mejor en la capital, habrá oportunidades; pienso en un comercio como los que he visto por ahí afuera con el que ganar buenos dineros-. Pasan luego a hablar de la caza que se presenta, según indicios, muy buena; se ha visto cientos de buenos ejemplares por las cumbres y los barrancos que caerán como moscas. Está ansioso tío Manolo por probar la nueva escopeta en una jornada ya próxima y comprobar cómo su puntería no ha menguado. Mariano también está eufórico; recuerda las veces que subió con su padre y con los amigos y la sensación no olvidada de los primeros disparos.

Frasquita que andaba trajinando dentro de la casa se deja ver y al soslaire, como quien no dice nada, pregunta: ¿Qué tal si nos vamos a ver a la Virgen del Pino? Se mete otra vez en la casa sin esperar respuesta y deja a los hombres preguntándose qué mosca le habrá picado a la mujer. La tía Frasquita lo tiene claro: había hecho promesa a la Virgen de ir caminando a verla para que volviera su hijo y lo cumpliría aunque fuese la última cosa que hiciese en este mundo.

Un par de veces más tocó la mujer el tema con su hijo, así como quien no quiere la cosa, hasta que a éste le va llegando la idea como si fuese propia: irán por el camino viejo desde Cuatro Casas hasta la carretera que les llevará a la Vega y luego cruzarán el profundo barranco pasando por Utiaca; echa cálculos de cuantas carretas y bueyes van a necesitar; sabe que desde que se haga pública la romería se unirán a ella vecinos cercanos y lejanos, y además hay que contar con los hermanos y hermanas y con los críos y con los productos para ofrendar a la Virgen: papas nuevas, calabazas, ñames y piñas...

Cuando tía Frasca habla de la romería sus ojos brillan con luz distinta. -Llegué, mi niña, con mis pies destrozaitos llenos de llagas,

pero por ésta -dice besando pulgar e índice en forma de cruz- que volvería a hacerlo si debiera una promesa a la Virgen. Fue bonito el día con tanta gente que nos acompañaba y que nos daba ánimos por el camino. ¿Y la Virgen!? la Virgen es preciosa, mi niña, muy linda, vaya que sí-.

Parten el día fijado en una alegre caravana. No llevan prisas ni falta que les hace pues calculan que llegarán por la tarde a tiempo del rezo del Santo Rosario y con ello les basta. Se niega Frasquita en montar en ninguna de las carretas pues quiere hacer todo el camino andando y para ello lleva alpargatas de repuesto y no le importará, asegura, las 'gallinas' que a buen seguro le saldrán en los pies.

Suenan los timplés y las primeras canciones salen de las gargantas. Es cuesta abajo y la caminata se hace cómoda en estas horas en que aun no luce el sol de justicia con el se achicharrarán más tarde si las bondadosas nubes no les acompañan. Han dejado atrás el polvoriento camino y ahora van por la carretera hacia la Vega en la que se cruzan con dirección a Tejeda con el renqueante coche de hora.

Es bello el paisaje. Las montañas van cambiando de color con las primeras luces y a cada vuelta pueden ver una imagen distinta. Les saludan de vez en cuando el canto mañanero de un gallo como animándoles en la caminata. Los frondosos árboles esparcen su olor que se mezclan con el de los matorrales a ambos lados de la carretera.

En la Vega descansan bestias y personas. Arman un pequeño campamento junto al pilar donde abrevan los animales, extendiendo en el suelo manteles en los que aparecen de inmediato frutas y pan y

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

queso para el desayuno. Corre como el viento la noticia de la romería y pronto vienen pueblerinos con ofrendas para la Virgen con el ruego de que las lleven hasta Terror. Engalanan las carreteras con buganvillas y flores y ramas y en algún punto del pueblo resuena fuerte, deseándoles suerte, un potente volador.

Siguen el camino y ya en las carretas sólo caben los niños pues a lo que traían hay que sumar el gofio y los quesos, las mermeladas caseras, las judías y el pan de leña y hasta un lechoncillo al que tuvieron que buscar acomodo junto a los pequeños. Bajan la pendiente siguiendo la sinuosa carretera que atraviesa el barranco. Por esta zona los castañeros vigorosos dan sombra suficiente para que el ánimo de los romeros no decaiga y las canciones de la tierra se oyen fuerte haciendo revolotear a los pájaros que levantan el vuelo en las altas ramas. Levanta Frasquita los ojos y ve arriba bajo el limpio azul del cielo el vuelo inconfundible del guirre. Se santigua reverente pero esta vez su acción automática no lleva consigo señal alguna de temor, pues sabe que la Señora está con ella.

Ya apurando el día avistan la Villa Mariana por entre el ramaje de los castañeros. Sale de sus corazones una oración y un suspiro. Están todos molidos y casi no aguantan un paso más, sobre todo tío Manuel que no puede con su alma, pero de la garganta de Mariano surge fuerte una canción huarachera traída de las Américas, animosa y alegre, y ello hace que los pies tomen alas para seguir el camino; otro hombre a voz en grito lanza el Viva a la Virgen del Pino que resuena fuerte en toda la campiña, y las folías, con el rasgueo de las guitarras y timples y panderos y las gargantas limpias por el vino tintillo que beben hasta la última gota, son cantadas de forma tan desafinada como feliz.

-“Te aseguro mi niña que debí hacer oídos a mi corazón y prohibir a los hombres que salieran aquella mañana tan bochornosa; a lo mejor no me hubieran hecho caso, ya sabes tú los cabezúos que son, pero al menos a mí me hubiera quedado la conciencia tranquila y no estuviera ahora con este runrún dando vueltas a la cabeza como si la culpa fuera sólo mía”-, me dice tía Frasca haciendo un alto en el zurcido de unos calcetines. -“Nunca, nunca, podré olvidar la angustia de aquel día”-.

Clareaba el día cuando salieron equipados con armas y los morrales y los perros que Mariano había comprado con la intención de llegar hasta el barranco de la Aldea animados por la perspectiva de caza abundante. Dejaron atrás la cumbre, bajaron hasta Tejada y enfilaron hacia el Roque Bentaiga al que dejaron atrás; unas pocas casas sin nadie a la vista daba al lugar un aspecto de sitio abandonado; un perro ladró, seguramente al llegarle el olor de los podencos, y otro, más allá, le contestó con ladridos furiosos, formándose al poco una enorme algarabía perruna.

Se adentraron en el barranco siguiendo senderos casi inexistentes atentos a cualquier cosa que se moviera. En la mañana cálida la quietud parecía total, rota tan sólo por el brinco imprevisto de algún saltamontes; los perros, jadeando por el calor parecían ansiosos y tiraban de las correas que les unían a su dueño. A cada paso que daba tío Manolo sentía el peso de los años y notaba la falta del vigor que tenía a gala en su juventud; le era imposible seguir el paso rápido de Mariano y éste, sin darse cuenta del jadeo de su padre se dejaba llevar por los jóvenes animales.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Sin fuerzas ya, Manuel se sienta fatigado y se abanica con el cachorro aunque esto le sirve de bien poco; se desabrocha la camisa y con ansias busca una bocanada de aire fresco; el dolor que siente en el pecho es intenso y profundo como si ráfaga de fuego fuese a salir fuera de él; se retuerce y jadea y el sudor frío le baña el cuerpo y le cae de la frente hasta los ojos que mantiene semicerrados. Cree ver a lo lejos a Mariano y en un intento de levantarse le hace una señal levantando un poco el brazo. El hijo, sin ver la señal, agita a su vez los brazos en los que mantiene como si fuera una bandera su escopeta de caza; oye tío Manolo el ladrar de los perros y comprende que han conseguido una presa. "Pobre animal –piensa- abatido ya, como pronto estaré yo abatido por esta muerte que se me acerca".

Muy arriba en el cielo las aves rapaces parecen estar quietas. No puede distinguir Manuel sus cuerpos de color marrón claro pero las presiente suspendidas cual cometas. Una corriente de aire, suave como una brisa, lleva a los guirres sin esfuerzo que desde la altura parecen presenciar el drama del humano enfrentado a su suerte. Bajan despacio seguros de que a no mucho tardar tendrán su recompensa por la espera. El hombre, quieto, indefenso, yace tendido sobre las piedras, la cabeza descubierta perlada de frío sudor. Respira bronco, agitado, y con cada inspiración lleva a sus pulmones aire caliente sin pizca del frescor que ansía su cuerpo.

Sobrevuelan las aves las altas cumbres, majestuosas, ingravidas, casi quietas. De lejos las ve Frasquita y se estremece, se asusta y se santigua. "Algo malo ha ocurrido, madresita mía del Pino" musita. Lleva horas esperando por sus hombres, intranquila por el retraso, con el corazón en un puño. Al ver los guirres que vuelan cada vez más cerca de Cuatro Casas no puede más y de su garganta sale un grito

lastimero. Convoca a los vecinos haciendo sonar con fuerza un caldero con la mano de almirez y pide ayuda para salir en busca de hijo y marido a quienes en su corazón ve en peligro.

Mientras, Mariano regresa trayendo colgadas de su cinturón cuatro piezas y, aunque cansado, viene eufórico. Apenas le queda agua en la cantimplora y espera llegar junto al viejo para comer alguna cosa. No está preparado para enfrentarse a la estampa de su padre hecho un ovillo, sin el cachorro, la camisa abierta y la cara sudorosa. Corre los últimos metros sobre las piedras, los conejos bamboleando en su cintura, dejando atrás escopeta y perros. Al llegar y sentirlo con vida le levanta la cabeza y deja caer unas gotas de agua entre sus labios crispados; besa su frente, le acurruca y un temor ante lo desconocido le aturde y no le permite reaccionar. Pide ayuda pero su voz no sale más allá de su garganta y para su congoja se siente culpable de la situación en que se encuentran. “¡Si no hubiese insistido...” –se lamenta- “si no lo hubiera dejado atrás llevado por mi torpeza...”.

Camina Frasquita adelantando el paso de los vecinos y de los perros que éstos traen queriendo ser la primera en llegar a la cumbre. No se aviene a razones que le dicen que pare un poco, que el camino puede ser duro y largo, antes de encontrar a los hombres. Teme que la llegada de la noche les obligue a parar la búsqueda y por ello más que caminar parece que corre ladera arriba buscando las veredas. Se guía por su instinto aunque de cuando en cuando mira al cielo deseando ver en lo alto la presencia de los guirres que, está segura, les llevará hasta donde se encuentran su Manuel y su Mariano quizás extraviados, quizás heridos. En llegando a lo más alto se lanza sin buscar respiro cuesta abajo por la carretera hacia Tejada. A la vista del

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Roque Bentaiga para su rápido andar, su pecho jadeante por el esfuerzo, indecisa, sin saber hacia donde continuar caminando. La indecisión dura poco rato porque un poco más allá del Roque, en el barranco, un disparo deja oír su estampido lastimero.

Manuel en el sopor en que se encuentra oye lejano el disparo. No sabe que es su hijo quien, dejándolo sobre las piedras, ha ido en busca de la escopeta y trata de pedir auxilio disparándola. Trata de abrir los ojos sin conseguirlo y por momentos vuelve a él la inconciencia. Ve sólo la negrura de la noche que poco a poco va ganando terreno al día a lo largo del barranco.

Decide Mariano disparar a intervalos regulares para llamar la atención. De ninguna de las maneras quiere dejar a su padre, a quien ve cada vez más fatigado, y partir en busca de auxilio aunque ello le suponga pasar toda la noche al raso. Ve como poco a poco van apareciendo las estrellas y de pronto oye en el silencio de la noche voces que les llaman. Los perros que llegan y los de Mariano, al oírse, ladran, y sus ladridos llenan de vida la comarca entera.

Se lanza Frasquita sobre el cuerpo de su marido tratando de arrebatárselo a la muerte. Al oírle un quejido se tranquiliza y llora a la vez dejando que las lágrimas rueden por sus mejillas y entre lágrimas pregunta sin palabras al hijo por lo sucedido. Mariano hace un gesto de desamparo y con éste parece querer decir: "Madre, fue inevitable y ya es tarde: la culpa es sólo mía. Perdóname madre".

Tía Frasca se levanta al terminar de hablar y va hacia la chimenea a remover los maderos como si en ello le fuese la vida. Con disimulo lleva la punta del delantal hasta sus ojos y seca una lágrima furtiva que pugna por salir y a continuación, como si no pudiera

estarse quieta, va a la cocina en donde le oigo trajinar con la cafetera. No quiero incomodarla y me quedo quieta pensando en cuanto me había confesado aquella tarde de sus más íntimos recuerdos. Al rato el olor del café se esparce por la pequeña casa y unos momentos después aparece la tía con una bandeja y tres tazas humeantes. Se dirige a mí invitándome sin palabras y luego va al porche de la casa en donde, en un sillón, tío Manolo dormita. Le besa en la frente y le dice: ¡Venga viejito, despierta, que va siendo hora de tomarte el buchito!

Al lado del tío, sesteaban los podencos.





Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

